



NÚM. 89

CARMEN COBEÑA

Fot. de Napoleón.



LA JUSTA CRÍTICA

(CUENTO QUE PARECE HISTORIA)

CUANDO Jorge Matienzo, después de recorrer con ansiosa mirada las columnas del periódico que entre sus manos temblonas sostenía, vió su nombre impreso al pie de un artículo—el primero que había conseguido ver publicado—extraño escalofrío, mezcla de alegría y temor, le recorrió el cuerpo, mientras un mundo de ideas invadía su mente. ¡Él, escritor público, exponiendo sus pensamientos en letras de molde, para que miles de individuos los leyeran, impregnándose en ellos! Era el sueño dorado, la ilusión más preciada de su vida, y entonces, con la inexperiencia de los pocos años y la satisfacción del primer triunfo, creyó que aquéllo suponía la realización de sus ideales, siendo así que en realidad no era más que el primer paso dado en una senda peligrosa en que son más los tropiezos que las victorias, más los sinsabores que las alegrías.

Aquéllo le animó, y escribió mucho: primero en periódicos de pequeña circulación, luego en otros de más categoría; su firma campeaba con gran frecuencia, siendo bastante conocida y regularmente apreciada en el mundo de las letras: hasta llegaron á pagarle algunos artículos—pocos, ciertamente—privilegio reservado tan sólo á los que puede decirse que son los niños mimados por el hada de los trabajos periodísticos.

No pretendió formar parte de ninguna redacción de periódico político: acaso no lo hubiera logrado, porque, desconocido y sin protectores, no era fácil que consiguiese un puesto de los que tanto se codician entre la juventud ansiosa de alzar su vuelo; esa lucha de papel á papel, que tiene todas las arterias del fanatismo, aunque se halle generalmente realizada por personas indiferentes, que lo mismo escriben el artículo de fondo que la reseña del último estreno teatral, parecía indigna del verdadero literato, y él se sentía con ánimos para elevarse por cima de aquello que consideraba como mezquindades humanas.

Tenía facilidad asombrosa para escribir, y de un asunto cualquiera, por nimio y baladí que fuese, hacía un bonito cuento ó un oportuno artículo, con frases ingeniosas y brillantes párrafos. Pero su imaginación no era fecunda: mil y mil veces torturábala en vano, buscando el tenue destello que había de servirle, convenientemente desarrollado, para llenar las cuartillas que á cualquier periódico destinaba. Entonces, acudía á su memoria, y en alguno de sus ocultos rincón-cillos, nunca le faltaba una reminiscencia de obras leídas ó ideas escuchadas, para hacer algo, que no se parecía directamente á lo que le suministraba la inspiración, pues su mayor habilidad consistía en disfrazarlo de modo admirable, lo bastante para desorientar las sospechas del público inexperto.

De esta suerte siguió trabajando, y publicó un libro: la crítica ocupóse de él con algún detenimiento, y hubo alguien, entre los *chicos del escarpelo*, que cogiendo á Jorge en uno de sus menos justificables renuncios, pues se trataba de una idea hurtada á uno de los más populares escritores modernos, dió la voz de alarma, y, ya en poder aquel indicio de los envidiosos, que nunca faltan, y de los desocupados, que tanto abundan, asiéronse á él, y, cual nuevo hilo de Ariadna, sirvióles para ir encontrando todas las supercherías literarias encerradas en el laberinto de las publicaciones de Jorge Matienzo, cuyo nombre fué desde entonces indisolublemente unido á un adjetivo, vergozoso estigma para todo escritor: el de *plagiario*.

* * *

Pasaron algunos años, y el tiempo, que todo lo borra, fué haciendo que se olvidara el recuerdo de aquel literato, hasta que un día, apareció en una de las revistas de circulación más grande, un artículo, firmado con el pseudónimo de *El doctor Formati*, que atrajo las atenciones de cuantos lo leyeron: en él no había nada de original, si se quiere; pero de tan admirable manera se hallaban combinados los sublimes y profundos pensamientos de Montalván y Fray Luis de Granada, de Luis Vives y Cervantes, tal sabor de clasicismo encerraban aquellos renglones, que nadie dudó en calificar de escritor castizo, de publicista insigne al que escondía su personalidad bajo el mencionado pseudónimo, el cual continuó apareciendo con automática constancia en multitud de publicaciones, siendo recibido con igual aplauso, no obstante la absoluta carencia de originalidad, paladinamente confesada al transcribir íntegras las frases de los grandes genios que florecieron en la literatura durante los pasados siglos.

El incógnito se conservaba admirablemente: nadie conocía al autor de aquellos portentosos escritos, que cada día lograban mayor éxito; como siempre ocurre en análogas circunstancias, atribuíase á varias personalidades literarias la paternidad de las tales producciones, no sin que los aludidos, sintiéndose halagados por la suposición, negaran blandamente la especie, pareciendo pensar al desmentirlo:—«Si eso de que se trata es bueno, ¿de quién, sino mío ha de ser?»

Al fin y al cabo se descifró el acertijo, que más preocupada traía á la *gente de pluma*, que á Edipo la resolución del famoso enigma de Tebas: después de la publicación de unos *Comentarios al Quijote*, según la opinión unánime, superiores á los de *Clemencia*, — pero que realmente no eran más que una casi literal copia de éstos, — desbordóse de tal manera el entusiasmo de críticos y revisteros, que no hubo más remedio que descorder el velo del incógnito, apareciendo entonces como autor de aquellos concienzudos trabajos, el bueno de Jorge Matienzo, rodeado del nimbo de gloria que á los grandes genios corresponde.

Nadie recordó su descalabro de antaño, ó si acaso alguno tenía noticias de él, callóselo prudentemente; que no hay medio más eficaz para ver olvidadas antiguas ruindades, que un posterior encumbramiento. Vendíanse como pan bendito las ediciones de sus obras — pues varias publicó, todas de análoga índole á la de sus celebrados artículos, esto es, hechas de remiendos como verdaderos arlequines literarios.—Por último, la Real Academia Española le acogió en su seno, y el docto miembro de la misma á quien cupo la alta honra de contestar al discurso de recepción de Matienzo, después de enaltecer en brillantes períodos al que venía con su presencia á *encumbrar más y más los altos timbres de la primera corporación literaria de España*, terminaba otorgando pomposamente al nuevo académico un epíteto que el interesado escuchó doblando con estudiada modestia el espinazo, mientras por dentro sonreía filosóficamente: el de *erudito*.

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

Ilustraciones de P. BÉJAR.





CONSTRUCCIÓN DE UN APEADERO PARA EL SERVICIO DE LOS FERROCARRILES DE T. B. y F. EN LA CALLE DE ARAGÓN, CRUCE CON EL PASEO DE GRACIA.

COMPañÍA DE CARMEN COBEÑA

CON brillante éxito y mayor resultado del que debía esperarse, dado que en la misma época funcionaban en Barcelona tres compañías de verso á cual más notable y laboriosa, ha cumplido sus compromisos para con el público, en el teatro de la Gran Vía, la de la distinguida primera actriz cuyo nombre encabeza estas líneas y cuyo retrato honra la portada del presente número.

Aparte del mérito relativo y buena voluntad de que hicieron gala todos los artistas, defendióse la Empresa, como hemos dicho, por la excelente elección de las obras, ensayadas con cariño y presentadas con propiedad, y muy particularmente por la variación continua de títulos, nuevos en su mayoría, y correspondientes á producciones recién estrenadas en la Corte; entre las cuales merecen citarse «Casa de muñeca», «La moza de cántaro», «El castigo del penseque», «El tren de los maridos», «El flechazo», «Los piropos» y «Venalidad», pues cuando los actores son ya conocidos, para atraer concurrencia, se necesita recurrir á la novedad, hoy que, desgraciadamente para el arte y sin razón lógica, no se concede á la declamación la importancia que en realidad tiene.

Carmen Cobeña ha dado repetidas pruebas en la finida temporada de no haberse dormido sobre los laureles cosechados en las anteriores; antes bien, sus admiradores han visto con gusto en ella el progresivo adelanto que sólo se consigue por medio del estudio y la experiencia. Dotada de hermosas cualidades físicas, de un talento no común y de un exquisito *saber decir*, sobre todo para la difícil interpretación del teatro antiguo á que es muy aficionada, cabe profetizar que en breve llenará uno de los vacíos que dejaron las verdaderas eminencias de nuestro teatro nacional.

El distinguido artista Agapito Cuevas, que reúne en su persona todas las dotes de un buen primer actor, contribuyó con su acertada dirección á que el conjunto de las obras resultase agradable y atrayente, compartiendo con la Cobeña

los aplausos del escogido y no escaso auditorio que favoreció en los pasados meses de Mayo y Junio al teatro de la Gran Vía; aplausos de que, en justicia, correspondió buena parte á las señoritas Peña y Comendador, á la señora Alvarez y á los señores Manso, Rausell y Villagómez, que constituían el cuadro principal de la Compañía.

A todos ellos enviamos nuestro cordial parabién por tan brillante campaña que ha dejado gratos recuerdos en los entusiastas amantes con que, afortunadamente para el arte, cuenta todavía el género *grande* en esta capital.



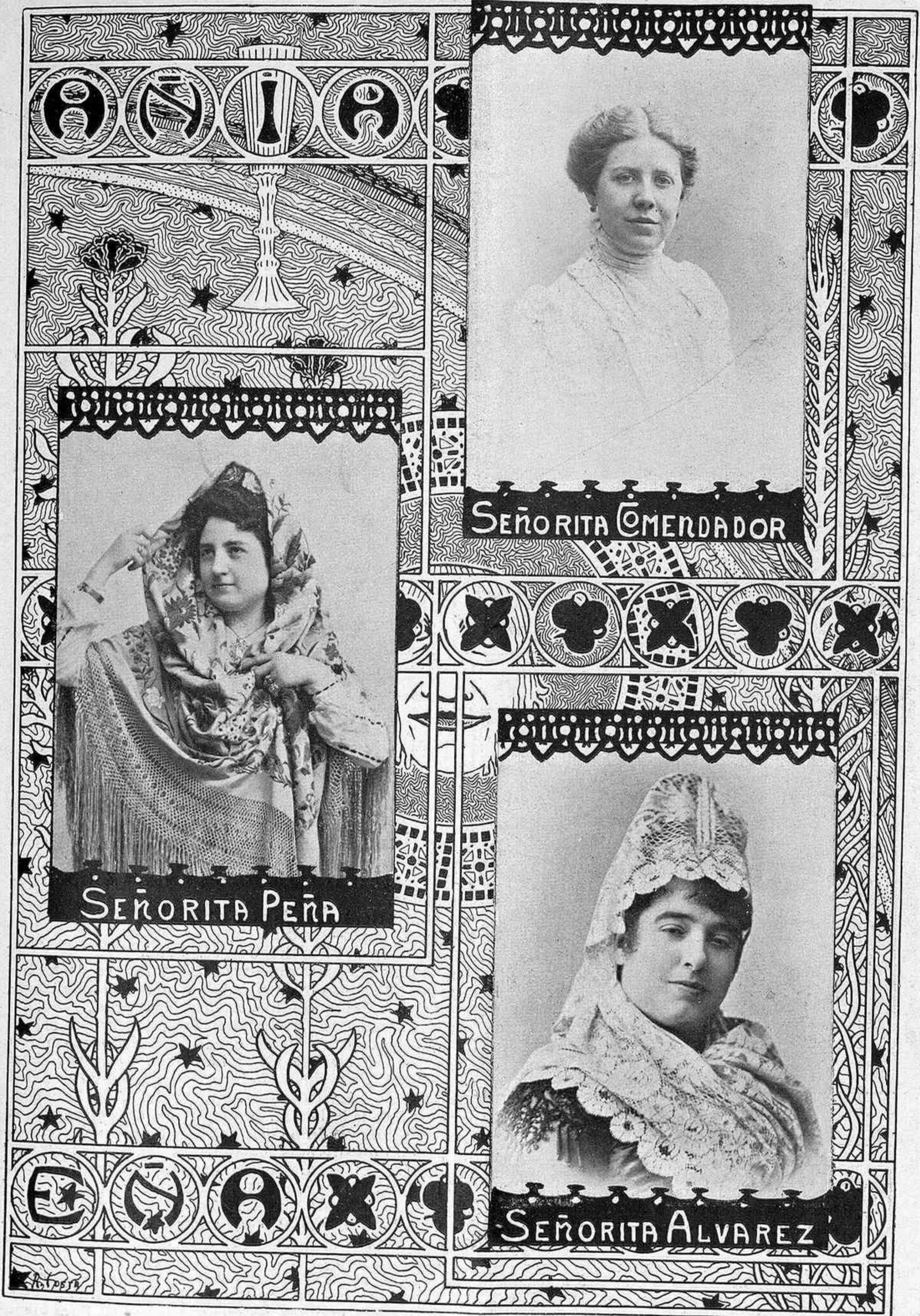
Fot. de Boué y Deporta (Sevilla).

AGAPITO CUEVAS



Fot. de Esplugas (Barcelona).

Fot. de Esplugas.



Fot. de L. Sánchez (Barcelona).

Fot. de Esplugas.

Orlado por R. Costa.



VIDA BOHEMIA

ALZAMOS las copas, que rebosaban de espumoso champagne y brindamos.

—Porque la fortuna continúe sonriéndote,— dije yo.

—Porque en tu vida bohemia sigas siendo feliz,—exclamó mi amigo.

Me puse serio. Roque lo notó y

—¿Qué te pasa?—me dijo.

—¡La bohemia! ¿Has dicho la bohemia?

La embriaguez que comenzaba á apoderarse de mi cabeza por efecto de las frecuentes libaciones con que acompañáramos la copiosa comida, se disipó al punto. No brilla más el sol cuando consigue abrirse paso por entre las negras nubes que lo cubrían, como quedó iluminado mi cerebro con aquellas palabras de mi amigo, que ejercieron, si así puede decirse, de mágico conjuro. Claramente vi en aquel momento toda mi vida actual. ¡Qué vida! Vida bohemia. Pero si esa era la bohemia, la decantada bohemia que los artistas nos han vendido como poblada de goces supremos, tengo para mí que los muy malandrines nos han jugado una mala trepa. O han tenido falta de sinceridad ó sobra de malicia.

Al conocer Roque éste mi pensamiento, abrió unos ojos tanto así y luego soltó una carcajada.

—¿Estás en lo que dices? Vaya, comprendo que á ti el vino te pone triste. ¿Cómo puedes suponer que nos han mentado al ponderarnos las excelencias de la vida bohemia? ¿Hay cosa mejor? ¡Ah! chico, te juro que es muy alegre. ¡Si vieras cómo la echo de menos al recordarla!

Hizo una pausa y luego prosiguió:

—No lo habrás olvidado. Yo llegué á ir con los pies como los frailes capuchinos. Vamos, viene á ser igual, aunque es diferente y peor: ellos los llevan al aire por encima; yo los llevaba por debajo; mis botas no tenían suela. ¿Y el traje? El pantalón me lo hicieron en tiempos mejores, estrecho, á la moda. Pues bien, tan claros estaban ya sus hilos, que parecía bombacho. Tenían otra novedad que los diferenciaba de los de la mayoría de la gente; agujeros por todos lados, hasta el punto de que el pudor gritaba ofendido á voces.

¿Te acuerdas de la americana? ¡Oh! aquella americana había que verla. Era una prenda de que yo estaba enamorado, más que todo, por el color. ¡Qué color de espuma de mar el suyo! Me parecía que llevaba sobre los hombros un copo de nieve. Pues bien, yo no sé como fué; pero el caso es que se tiñó por sí sola, de manera que llegó á semejar el ala de un cuervo. Transformación más extraña ¿eh? ¡Pobrecita! ¡Cuánta ropa le llegó á faltar por los codos! Bien es verdad que se encargaba de disimularlo la camisa que casualmente parecía de luto. No te hablaré del chaleco, de los puños y cuello, ni de la corbata; pero sí del sombrero. Tantos años tenía ya, que se había quedado completamente calvo, sin un pelo. ¿Y su forma? Era redondo, cuadrado ó de tres picos. ¿De qué color? Tan ancho me venía, gracias al mucho servicio que me había prestado, que me entraba hasta las orejas, y eso que yo lo rellenaba con todos cuantos periódicos caían en mis manos. ¡Imagínome ahora, que estoy convertido en un *gentleman*, con tales prendas y me río del *Caballero de la triste figura*, al pensar en la facha que yo debía hacer. Pero bebamos, chico, bebamos.

—Sí, bebamos y brindemos por... por... Oye. ¿La facha que hacías? Mírame á mí y te verás á ti, tal como estabas entonces.

Me acerqué á mi amigo que me examinó de pies á cabeza. Iba él vestido de frac, corte irreprochable; resaltaba la blanca pechera de su camisa en lo negro del traje, y en ella los botones de brillantes á los que arrancaba vivísimos destellos la luz de las bujías del gabinete en que nos hallábamos; lucía en los dedos de la mano izquierda ricos anillos de oro con piedras preciosas; el cabello y barba llevábalas cortados á la última moda y calzaba relucientes botas de charol. Junto á la suya, elegante y distinguida, mi figura debía parecer más astrosa, más miserable.

Me examinó despacio y luego, quizá involuntariamente, se dirigió una mirada á sí mismo.

—Oye, —exclamó lentamente: —¿Yo iba así?

—O peor, tal vez.

Y añadió con cierto dejo de disgusto:

—No creí que hubiera llegado hasta ese extremo.

Se puso pensativo.

—La verdad es, —dijo, —que había pasado mucha miseria, mucha hambre. Se sufre, sí, se sufre lo indeci-



ble; se devoran en silencio muchas lágrimas al ver que cuanto más te hundes, más te empujan hacia abajo; que te vas quedando sin relaciones en la sociedad; que hasta te niegan el saludo personas á quienes antes tratabas; que los amigos te abandonan; que no hallas protección en parte alguna y que tienes que aguantar humillaciones de los mismos que en otras circunstancias te han buscado porque podías serles útil.

—¿Ves como me das la razón?

—De todos modos, chico, yo recuerdo con placer algunos lances de mi vida bohemia.

—¿No será porque pertenecen al tiempo pasado?

—Tal vez no te equivoques. Escucha la relación de uno de ellos. Cierta día, viene á buscarme un amigo y me dice. «Necesito que me acompañes esta noche al baile que dan en casa de la familia tal.» —«Pero, ¿te has vuelto loco? ¿No ves mi situación, mi ropa?» —Lo he tenido en cuenta. En casa tienes preparado otro traje mío, que te irá al pelo. Ahora, vamos á la peluquería á que te arreglen cabello y barba, que bien lo necesitas; y, sin tiempo que perder, á vestirte.» —Lo envié al diablo. Mira tú que ir yo de baile, cuando precisamente creo que hacía dos días bailaban mis tripas una desenfadada danza, porque no les había dado ni un mal garbanzo. Pero se salió con la suya, quieras que no. Se había echado una novia y ésta tenía una hermana. El acompañarla á aquélla; yo, á ésta. Era cosa convenida, no me podía negar.

Al ver mi cara en el espejo de la peluquería, me dije: «Tú tienes hambre», como si mi estómago no me lo estuviese repitiendo á grandes voces desde hacía tantas horas. Y me llené de indignación contra mi importuno amigo, que se cuidaba más de mi físico que de mi vientre. Aquella mala jugada no se la perdono ni aún ahora. Una vez en su casa, tuve necesidad de lavarme bien y con mucho jabón. Y después, ya tienes al buen Roque substituyendo sus ajadas ropas con un traje de levita que le iba pintiparado. La camisa buena, buenos puños, buen cuello, buena corbata, las manos enguantadas, y en la cabeza flamante sombrero de copa. A los hombros un abrigo y andando á la calle. Me parecía que yo no era yo, el derrotado bohemio de hacía un momento, sino que pertenecía á la juventud dorada, á la espuma del gran mundo.

Llegamos. Mi amigo me presentó á los señores de la casa; procuré estar amable, fino, atento y en fin, luego, contra toda la voluntad de mis tripas, tuve que bailar. Y ¿con quién? La hermana de la novia de mi amigo era una muchacha capaz de dar mareo, no ya á un hombre débil como yo, tan débil que no podía tenerme en pie de debilidad, sino á la misma encarnación de la fortaleza. Y ¿che usted piropos por aquí y galanterías por allá! Para eso estaba yo. Tenías que haber visto la cara tan risueña que ponía al dirigirla un cumplido. «Es usted, señorita, ...» No estoy seguro de si no se me escapó decir alguna vez entre fineza y fineza: «¡Ay, señorita, qué hambre tengo!» A bien que ella creería en tal caso, que mi hambre era de amor. Después, como si hicieran sangrienta burla á mi estómago, nos presentaron unas pastas de las que, naturalmente, no tomé más que dos ó tres. ¡Dos ó tres pastas, cuando yo me hubiera comido dos ó tres *beefsteaks*, ó doscientos ó trescientos, con doscientas ó trescientas arrobas de patatas! En fin, chico, que entre el baile y el mareo que me produjeron *éllas*, salí que las piernas me temblaban, me zumbaban los oídos y se me iba la vista. Mi amigo se quedó en casa de su novia y yo me fuí á quitarme, otra vez, aquella ropa y á ponerme la antigua, la mala. Y en tanto, sin entrar en mi cuerpo más alimento que las pastas, porque á mi amigo tampoco le había quedado un céntimo después del gasto de la peluquería. Estábamos á últimos de mes.

—¿Estás conforme, pues, conmigo en que la vida bohemia tiene sus inconvenientes?

—Hombre, yo te diré; vista así de lejos, no parece tan mala.

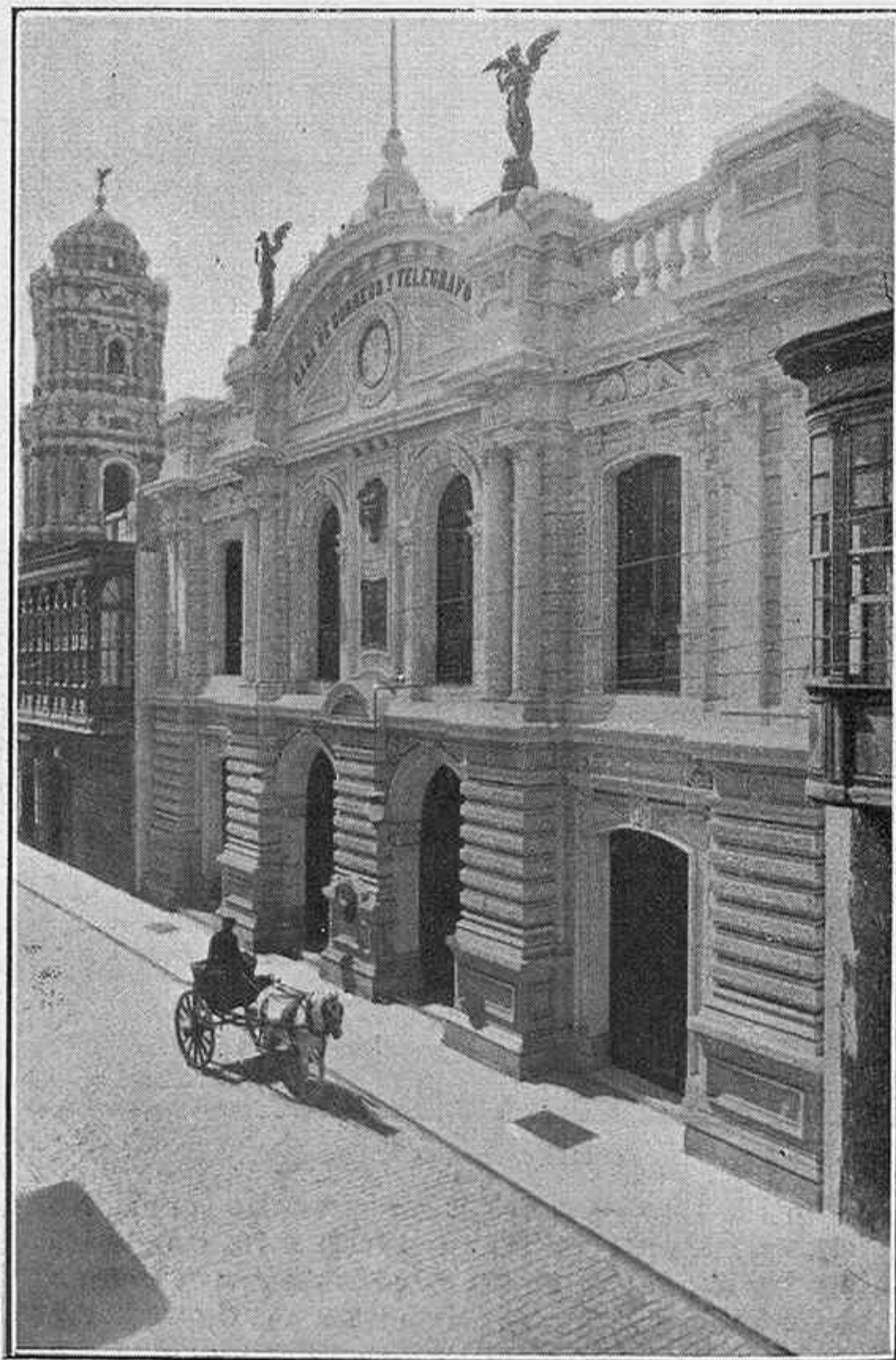
Nos habíamos levantado para salir. Al llegar delante de un espejo de luna, nos vimos de pies á cabeza. Roque se detuvo.

—La verdad es, —dijo,—que si ahora, como aquella noche, tuviera que despojarme de esta ropa que llevo y ponerme otra vieja como la de entonces ó como la tuya, vacilaría. Francamente, comprendo que la bohemia de la juventud dorada, la del dinero, es la que puede resultar agradable. Pero la otra, ¡ahl la otra, no. ¡Qué demonios! El hambre y las privaciones á nadie gustan. Chico, deja esa vida, trabaja, alcanza un nombre, haz fortuna si puedes, como yo, y que padezcan los otros.

—¿Que haga fortuna? ¿Que trabaje? Como si bastara quererlo. ¿O es que crees que la bohemia pobre, es voluntaria? Esa la imponen las circunstancias; esa es la de la miseria y todos sabemos que la miseria es un delito.

JOAQUÍN BORDA

Ilustraciones de V. BUIL.



EL CORREO (Lima).



CASA TORRE Y TAGLE (La más antigua de Lima).

Un debut

